

LOS NAVEGANTES

José Miguel Vilar

Grupo AJEC

Colección Albemuth Internacional, 15

EL COITO UNIVERSAL

Cuando la carretera se interna en M, las montañas enloquecen. Se levantan bramando. Quieren herir de muerte al cielo clavándole sus cumbres. Pero justo cuando más se crispa esa batalla cósmica entre el cielo y la tierra, cuando parece que el cielo va a caer muerto sobre las montañas interminables, aparece el mar.

El mar se abre pacificador. Respira como el lomo sudoroso de una bestia inmensa, cambiante y eternamente joven. Entonces es imposible saber dónde termina el cielo y dónde empieza el mar. El horizonte se desdibuja derrotado en una unión profundamente erótica que mezcla tierra, mar y cielo. Por toda la costa de C se elevan cantos de sirena remozada, ecos herrumbrosos de viejas batallas y mitologías caducadas. Duelos de titanes e hijos de dioses desacreditados. De todas partes nacen rincones y playas secretas, cuna de ciudades misteriosas, ocultas entre las montañas. Fortalezas habitadas por espectros jubilados. Bajo las calas, hogar de la luz, habitan las hadas.

De M a C el Universo hace el amor. Montañas, profundidades oceánicas y celestes se besan y se tocan. Se enamoran hasta ser UNO en un ménage a trois divino. La naturaleza se vuelve un orgasmo de paisaje al que los humanos asistimos como mirones envidiosos. Mar, cielo y tierra retornan a la UNIDAD, tal como fueron una vez, antes del comienzo de los días.

Parte I

El viaje de los hombres del sur

1. LA CAGADA DE NIS

— ¡Esto es una cagada! ¡Una gran cagada!

El general Kuz gritaba con los ojos al rojo vivo, conteniendo las lágrimas de rabia. Apretaba los dientes:

— ¡No llevéis a los heridos a la enfermería! ¡Ya no queda hilo!

El oficial caminaba entre sus hombres con los puños cerrados. Se le quedaban mirando con ojos agrandados por la desnutrición. Tras dos días bajo los cañonazos de los trinisantos, Kuz había perdido su turbante y la casaca verde estaba agujereada de metralla. Era un hombre pequeño, renegrido por el sol. Se moría al ver a sus hombres masacrados sin haber podido dar un solo espadazo. La fortaleza de Nis se había convertido en una morgue.

Estaba atardeciendo. El cielo estaba empezando a coger ese color de oro podrido o de carne de ángel putrefacto. Cuando atardecía en Arialcanda era como si un hipotético dios hubiera muerto y su cuerpo cayera amoratado, agusanado, inflado, encima del mundo. Nis olía a depósito de cadáveres divinos.

El alcázar de Nis era el único obstáculo que impedía el paso del ejército trinisanto a la ciudad de Arialcanda. Por esa razón sus muros llevaban dos días bajo un diluvio de cañonazos que había diezmando al ejército de los cetrinos sin que los dos bandos contendientes se hubieran mirado a los ojos.

El general Kuz caminaba desalentado entre sus hombres. Eran soldados de piel muy tiznada, de cabellos ásperos y rizados. Menudos. Se le quedaban mirando con sus pupilas negras, algunos con odio, otros con miedo, con los dientes castañeando, apretando la espada. Los uniformes estaban hechos retales. Los pantalones abombados, para el retiro. Las botas hasta la rodilla, agujereadas y deformes.

Habían llegado desde muy lejos sólo para desangrarse al son de las granadas enemigas. Y Kuz lo sabía ya en el día lejano en que comenzaron el penoso viaje desde sus tierras, allá en el sur.

Por eso ahora se ahogaba las ganas de llorar cuando veía la enfermería convertida en un matadero, inundada de sangre. Los cirujanos cortaban miembros y cosían arterias sin tregua. Llevaban 48 horas corta por aquí, sangra por allá. Los más afortunados se vendaban con jirones de sus propios uniformes las carnes atravesadas. Hacía ya tiempo que tener un hueso roto era privilegio entre la soldadesca.

Por alguna razón, la cantinela de la cañonería trinisanta había enmudecido. Los hombres del fortín empezaban a acostumbrarse a la metralla como a la lluvia en primavera. Estaba atardeciendo en aquella tierra remota. El sol enrojecía tras las colinas de sangre y el cielo se convertía en una hemorragia que se derramaba por las nubes. Esa generosa exhibición de sangre celestial era un presagio de lo que iba a pasar en la tierra. No soplaban un pedo de viento.

— ¡General! — exclamó un oficial que se acercó corriendo — ¡General! ¡Han muerto tres capitanes y dos tenientes!

Kuz escuchó en silencio y se acercó a un grupo de vagos.

—¡Vosotros cinco! ¡En pie!

Los soldados, sucios y morenos, se levantaron.

—¡Vosotros dos sois ahora tenientes! ¡Y vosotros tres, capitanes!

Los soldados se alzaron de hombros sin ninguna alegría. Y Kuz no se lo reprochó. El subordinado le reconvino en voz baja después:

—Pero señor, si son cinco gandules.

—¿Y qué? ¿Qué más da si van a hacer casquería con ellos?

El general caminó lentamente hacia la torre desde la que dominaba el llano. Los soldados le miraban con insolencia culpándole de su inminente muerte. El cese de los bombardeos, aquel silencio demoníaco, les inquietaba más que el grito histérico de los cañones.

Kuz observó con sorpresa que algunos eran capaces de reír. Bromeaban sobre sus propias heridas: “Mira tú que regalo me han hecho los granaderos de Veritám”.

—Veritám —repitió para sí el general en voz baja.

Otros brindaban con los últimos suspiros de licor que quedaban en las botellas. Gritaban y reían entrechocando los vasos. Estaban borrachos.

Otros tantos tenían la mirada perdida, acariciaban sus espadas desafiladas, pensando seguramente en alguien a quien no iban a volver a ver. Los cetrinos sabían que ese sol encarnado que cegaba los ojos era el último que les daba la vida. Sus llamaradas lamían los uniformes ennegrecidos.

El general Kuz subió las escaleras que llevaban a la torre central. Estaba milagrosamente en pie. Su segundo le seguía de cerca. El líder de aquel asomo de ejército oteó el frente enemigo. Los cañones inmensos parecían dormir. Todavía salía humo de sus bocas. Detrás, a lo largo del pisoteado llano, se alzaba el campamento trinisanto hasta el horizonte de colinas. Los hombres de Kuz ni por asomo podían plantar cara a eso. Distinguió perfectamente a los arqueros, a los lanceros. Había también waikikis, esa suerte de infrahombres de las montañas que seguían a las huestes de Veritám. Y homúnculos: seres creados mediante procedimientos químicos. Materia y restos humanos putrefactos animados mediante la sabiduría infame de los Ladrones de Almas. Después de cada batalla, estos magos recogían pedazos de cadáveres y con ellos construían esas efectivas abominaciones ambulantes.

—¿Ves toda esa morralla repulsiva? —señaló el general a su segundo, acodado en la almena—. Esos son los primeros que nos van a atacar. Si acabamos con homúnculos y waikikis, vendrán los trinisantos con sus uniformes blancos y sus cabellos rubios. Y será entonces cuando...

—No, señor, venceremos —repuso sin fe el oficial.

El general le dedicó una sonrisa agria:

—Esta campaña ha sido una payasada: Arialcanda ya es de los trinisantos. Vamos a durar menos que un pedo.

Miró entonces hacia la ciudad, que se alzaba tras el maltrecho alcázar de Nis. Sus torres doradas jamás habían conocido la guerra en sus miles de

años de existencia. Los palacios y los jardines se distinguían perfectamente bajo la calina anaranjada de la tarde. Al Este, la ciudad lindaba con el lago de Animablanca. Allí sus calles se convertían en graciosos canales. Centenares de barquichuelas surcaban sus aguas doradas. El general distinguía las callejuelas empinadas que ascendían como en procesión de almas hasta la cima de la colina de Hojoviento. Allí, en medio de cascadas artificiales y mansiones, estaba el palacio de los Yenenaii.

Ningún cetrino había llegado jamás a Arialcanda. Los soldados de Kuz eran los primeros en poner sus oscuras pupilas en las cúpulas y minaretes de la ciudad más vieja del mundo.

—Y quién me iba a decir a mí que un día iba a ver Arialcanda —murmuró Kuz—. Pero tampoco podía saber que moriría aquí. Ya ves —suspiró mirando a su oficial—. Un ejército de 50.000 hombres, infrahombres y bestias dispuesto a tomar una ciudad en la que no ha habido guerra en miles de años. Y lo peor: Nosotros en medio. Nosotros, su única posibilidad de salvación.

El general, sin esperar respuesta, se asomó a la torre y exclamó:

—¡Escuchadme, hombres del sur! ¡Os habla vuestro general!

Los oficiales más fieles corrieron a cuadrarse en primera fila. La gran mayoría de la soldadesca, sin embargo, se acercó a regañadientes. En unos minutos mil hombres habían formado frente a la torre, casi con tanto orden como las pilas de muertos que se hacinaban a los pies del muro Este. Algunos murmuraban en voz baja:

—Si tengo que morir preferiría que me ahorraran el discurso de los héroes.

—¡Pa! Dale al viejo canalla su minuto de gloria.

Los que estaban beodos se reían casi sin tenerse en pie.

Las tropas que había allí formadas eran una turba sucia y furiosa; famélica, acobardada y contando las horas que les quedaban para volver a la tierra de la que un día vinieron. Por segunda vez en aquel día, Kuz tuvo que contener las lágrimas:

—¡Cetrinos! ¡Detrás de nosotros está Arialcanda! ¡Y delante los trinisantos!

La mención de esa sola palabra enardeció los ánimos de los hombres del sur que comenzaron a gritar de rabia:

—¡Carniceros! ¡Hijos de cerdo! ¡Mantecones!

Kuz, al ver que sus hombres tenían todavía rescoldos de pasión, continuó por ese camino:

—¡El virrey Veritám ya se cree que es el amo de Arialcanda!

Citó al líder de los trinisantos con énfasis de fanático, pero tal mención no produjo el efecto esperado. Todos callaron. En las caras carcomidas por el hambre el miedo. La palabra Veritám había surcado el aire como un manotazo de viento helado.

Kuz trató de enmendar su error:

—¡Nosotros somos el único obstáculo que separa al Imperio Trinisanto de Arialcanda! ¿Queréis que los blancos se paseen por las calles de la ciudad

de los sabios? ¡Esos brutos, esos asesinos, esos torturadores tramposos! ¿Les queréis en la ciudad de los Yenenaii?

—¡Noooo! —gritaron mil voces más o menos al unísono. Un borracho rió.

—¡Hemos venido de muy lejos para defender esta última ciudad! ¡Hemos padecido! ¡No ha pasado un solo día en el que alguien no haya perdido un amigo! ¡Pero ahora estamos aquí! ¡Y nuestro deber es impedir que el imperio blanco llegue a Arialcanda!

—¿Y por qué los arialcandos se quedan paseando en barca y comiendo pasteles mientras a nosotros nos matan por su ciudad? —exclamó una voz desde la muchedumbre.

Todos, incluyendo al general, enmudecieron.

Inmediatamente, dos soldados corrieron hacia un pelotón y prendieron a uno de los hombres que lo componían. Era un recluta pequeñajo. Tenía hombros fuertes y mirada resuelta, casi insultante. Moreno y de cabello áspero y rizado. Sus ojos echaban llamas en el momento en que le sacaron de las filas y le tendieron de rodillas sobre el polvo.

—¿Mato a este cobarde, general? —exclamó uno de los captores con voz sonora a Kuz que observaba la escena desde el torreón. El aspirante a verdugo se había llevado la mano a la empuñadura de la espada.

—No —respondió el viejo militar—. No —repitió como para sí mientras se retiraba de la almena.

El soldado insolente se levantó mirando al que se había ofrecido para matarle y le susurró al oído:

—¡Imbécil! No te descuides en la batalla porque si te encuentro te acuchillo por la espalda. ¡Te lo juro por mi hermana que está bajo tierra!

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el otro tratando de travestir su miedo en marcialidad.

—Akkán.

2. EL VIAJE DE LOS HOMBRES DEL SUR

La noticia llegó en forma de rumor. “¡Que los trinisantos van a por Arialcanda!”, exclamó un soldado polvoriento en alguna corte perdida. Al principio los reyes del sur se negaron a creerlo. Pensaban que aquellos voraces hombres blancos comprendían el carácter sagrado de la ciudad de los sabios. Y que, por tanto, la iban a respetar.

Pero no era así.

El Imperio Trinisanto apareció un día lejano, unos diez años atrás de estos hechos, en forma de barco, atravesando el mar inexplorado, procedente de una tierra de la que nadie había oído hablar, al otro lado del inmenso océano. Un barco lleno de hombres con la piel clara que querían comerciar.

“Somos la civilización”, decían. “Os regalaremos la sabiduría”. Y respondían los oscuros: “¿La sabiduría? Nosotros tenemos mucha. Y tenemos mujeres que conocen la magia. Que tienen el poder de mover el mundo con su vientre y con su amor”.

Pero tras un barco llegó otro. Y otro, y otro. Centenares. Y como nadie se lo impedía, los blancos construyeron un puerto. Y en él nació una ciudad. No tardó en llegar el día en el que dijeron que aquello era suyo. Y que eran los sabios y ellos, los de allí, los salvajes.

Y los salvajes sacaron sus espadas, armaduras y cañones y se enfrentaron a los trinisantos. Pero el imperio era poderoso y contaba con la magia de los Ladrones de Almas. Con sus sortilegios y la química crearon seres monstruosos llamados homúnculos hechos de materia muerta, cadáveres putrefactos, barro y metal.

Los ejércitos del Imperio Trinisanto fueron venciendo invariablemente en todas las batallas y los hombres del sur palmaban bajo sus bombas, sus lanzas y sus criaturas animadas. Las ciudades fueron cayendo una tras otra. Las legiones tomaban valles y montañas. Surcaban los ríos con sus barcos de guerra y sus cañoneros.

Los espantosos homúnculos sembraban el terror entre los humanos, con sus cuerpos podridos, como de barro amasado. Acojonaban hasta al más chulo de la tropa. Siempre eran los primeros en entrar en combate. Llegaban como un ejército de fantasmas en silencio, puesto que sus gargantas no emitían ruido alguno. Sus brazos poderosos se alzaban y caían incansablemente despachando enemigos con sus hachazas.

Si quedaba alguien con vida, llegaban entonces los soldados con sus armaduras plateadas y sus capas blancas y luminosas. Con el trabajo sucio hecho, sólo tenían que rematar a los muertos, cobrarse el sudor con sus mujeres y horadarle la entraña a algún huérfano llorón. Después los poetas les hacían canciones. Y se sabían héroes.

Y el mayor de todos aquellos valerosos era el virrey Veritám. Él guió las legiones blancas en sus victorias por toda la costa y se internó hasta el corazón del continente remontando el Río de los Borrachos.

Nadie sabía nada de Veritám. Nadie sabía de qué lejanas tierras habían llegado aquellos hombres de piel clara. Durante diez años, la convivencia entre los reyes de las pequeñas naciones y los trinisantos osciló entre la guerra y la paz.

Cuando el apetito de tierras parecía haber terminado, el ejército imperial se desperezaba inesperadamente como un inmenso monstruo y tomaban otra región. Siempre hacia oriente. Y así año tras año, devorando el mundo poco a poco.

Lo que nadie podía saber, lo que nadie podía imaginar, era que Veritám, el leviatán invisible que manejaba a placer los Siete Ejércitos Gloriosos, iba a poner sus ojos en Arialcanda. Era una ciudad pequeña. Apenas vivían allí 50.000 personas. Y era el hogar de los Yenenaii, que se supone que eran descendientes directos del primer hombre que pisó la tierra. Al menos eso es lo que decían los arialcandos.

Arialcanda era el único lugar del mundo que jamás había sido tocado por la guerra en sus incontables milenios de antigüedad. El año de su fundación se había perdido en el abismo del tiempo. Algunos decían que era tan antigua como la vida misma.

En las noches de hoguera, las gitanas asustaban a sus niños con historias de inmensos subterráneos que conducían a lugares imposibles y de los que, decían, procedía la vida. Contaban que un hombre podía pasar su existencia entera caminando por aquellos pasadizos sin pasar dos veces por el mismo lugar.

Pero Arialcanda no era un enclave comercial. Ni un puerto. Ni siquiera una plaza militar estratégica. Sus casas, rodeadas por unas murallas inofensivas, se alzaban con ingenuidad a orillas del lago de Animablanca y en torno a la colina de Hojoviento, donde se levantaba el palacio de los Yenenaii. Alrededor de su mapa se desparramaban huertos, granjas, riachuelos y molinos de los que comían las 50.000 almas del lugar.

¿Por qué se obsesionó Veritám con tomar la ciudad sagrada? Tal vez por orgullo. El virrey, y con él los ejércitos que gobernaba, eran todopoderosos. Y nada podía haber que no cupiera en la palma de su mano. Arialcanda estaba lejos de los dominios coloniales del imperio en aquel continente. Tomarla suponía adentrarse muchos kilómetros tierra adentro, hacia oriente. Atravesar las Montañas Perras y las praderas.

Pero así se hizo. Veritám necesitaba la ciudad para que le luciera como joya de la corona. El lugar más bello del mundo tenía que pertenecerle por imperativo poético y por simetría. O al menos era eso lo que sus generales decían a los soldados.

Nada le importaba la ofensa y la tragedia que suponía para todo el continente ver sojuzgada la ciudad de la paz, el centro de su mundo. Para las gentes más sencillas Arialcanda era un lugar mítico, lejano e inalcanzable; perdido tras infinitas cordilleras y bosques. En ese oriente desdibujado por la imaginación.

Ver Arialcanda prisionera del Imperio Trinisanto era un golpe terrible a la identidad de cientos de pueblos. Pero los blancos no entendían de eso. Ellos querían poner bajo su bota el palacio de los Yenenaii. Y así tenía que ser.

“¡Que los trinisantos van a por Arialcanda!”, había exclamado el susodicho soldado cubierto de tierra del camino en alguna corte olvidada de las tierras polvorientas. Y los reyes que no querían creerlo. Al sur, muy al sur, todavía eran libres. Y ofender al Imperio Trinisanto era lo último que aquellos orondos gobernantes de países famélicos hubieran querido.

— ¡No pretenderéis que nos pongamos a guerrearle a Veritám! ¡Antes me la corto! — exclamaban en las reuniones los nobles.

— ¿Y qué podemos hacer? — insistían otros mientras se servían vino dulce y comían pasteles — ¡Arialcanda no puede caer sin ser defendida! ¡Sería una deshonra para nosotros! ¿Qué sería de nuestra dignidad ante la historia? ¡Oh, qué excelentes dulces de caramelo!

Entonces, en medio de alguno de aquellos interminables encuentros entre sufridos reyes, alguien propuso:

—Callad, necios y escuchadme! ¡Formemos entre todos un ejército pequeño que viaje hasta Arialcanda! ¡No hace falta que sean los mejores guerreros! ¡Y no creo imprescindible que se lleven los mejores aparatos de guerra!

—¿Y qué conseguiremos con eso? —inquirió un indeciso.

—Si enviamos un pequeño ejército, habremos defendido Arialcanda y nuestro honor estará salvado, porque habremos cumplido con nuestra obligación como hombres y como reyes. Sírveme un poco de ese licor de melón. Ah, exquisito. En cuanto a la legión trinisanta, aplastará tan fácilmente a nuestros bravos que no podrá ni sentirse ofendida. Y así quedamos bien con todos y, lo más importante, regalamos la paz a nuestros súbditos.

—¿Y qué pasa con los soldados? —siguió interrogando el indeciso— Es imposible desplazar un ejército hasta tan lejos. Son meses de viaje por tierras duras y poco conocidas. Morirán por el camino. Y no podrán transportar los cañones ni el material de guerra.

El rey que había propuesto la idea se llevó las manos a los ojos teatralmente, con gesto consternado:

—¡Oh, amigo mío! Nuestros corazones tendrán que soportar ese sacrificio.

Así que en pocos días los peores soldados de los ejércitos del sur fueron reclutados a toda prisa. Se pudieron reunir 3.000 hombres. Pero había que hacer bulto, con lo que no hubo más remedio que vaciar las cárceles y disfrazar a criminales e inocentes injustamente encerrados (los peores) de soldados. Conforme se abrían las celdas se les daba la espada y el uniforme.

Sí que se tomaron al menos la molestia de engañarles con la empresa:

—Oh, bravos guerreros, vosotros seréis los salvadores de Arialcanda, la ciudad encantada. Cuando acabéis con los mantecones y sus monstruos, podréis descansar con las mujeres de oriente, comer sus frutos (no los de los árboles) y cazar leones blancos.

Y así lo creyeron los más tontos y los más soñadores.

Para tal empresa se eligió al general Kuz.

El problema de Kuz es que era un idealista. Y un poco borrachín. Andaba cerca de los 60 años y seguía creyendo en un mundo mejor. Llevaba toda una vida luchando contra su propia ingenuidad. Se había llevado mil decepciones. Había vaciado mil botellas de aguardiente. Una por traición. Y sin embargo, no podía dejar de gobernarse por ideales. Por sueños de sociedades justas en las que nadie pasaba hambre y nadie llevaba cuernos.

Con semejante tara en el alma, Kuz era el tío perfecto para dirigir aquel ejército de desgracias hacia la muerte. La noche en que recibió la orden de partir hacia oriente supo que a su vida se le acababan los capítulos. De todas maneras, como todo idealista, siempre tuvo un sentido trágico de la vida y,

en el fondo, se sentía orgulloso de que los reyes le condenaran a muerte de esa manera.

El veterano militar creía en la imperiosidad de alejar a los blancos de Arialcanda, pero no creía en su ejército. Y nunca supo ocultarlo. Desde el primer momento, hizo suyo el sufrimiento de aquel revuelto de ladrones y vagos con el que le enviaban a pelear con el ejército más poderoso del mundo.

El ejército partió en un amanecer premonitoriamente helado. Las filas a pie y a caballo salieron en silencio cargando pesados cañones. Desde el primer día, todavía en territorio amigo, las deficiencias en el suministro de víveres se hicieron notar. El alcohol pronto hizo estragos y muchos presidiarios aprovecharon la primera ocasión para escapar o para ajustar cuentas con sus puñales por la espalda.

Las peleas entre rufianes borrachos y soldados se multiplicaban a cada jornada mientras el general meditaba en su tienda. Intentó prohibir la bebida. Pero la sola mención de esta posibilidad casi se salda con un motín. Además, él mismo no podía renunciar a su botella diaria.

El ejército salió de las tierras secas y avanzó en dirección noreste. Continuamente desaparecían soldados en medio de la noche, así que se impuso la orden de disparar o acuchillar a aquellos que lo intentaran. Aquello no amilanó a los presidiarios que planeaban escapadas en masa porque así, al bulto, era más difícil que te tocara el disparo del vigía.

En medio de la noche, salían a la carrera en grupos de hasta cuarenta hombres y los soldados asalariados hacían detonar sus arcabuces o les perseguían a caballo y los despachaban con sus espadas por la espalda.

Un día llegaron exhaustos a las Montañas Perras. Allí el viaje se hizo más penoso. Los pesados cañones eran empujados y tirados con cuerdas por senderos impracticables. Muchas piezas se soltaron y rodaron hacia atrás aplastando a quienes las empujaban. Otros caían al abismo.

Además, fue allí donde se encontraron con los primeros waikikis. Estos infrahombres bestiales de ojos y colmillos amarillentos les tendían emboscadas en las gargantas más profundas y se ocultaban en las grietas. Desde allí les asaeteaban y escapaban de inmediato sin dejar rastro.

Los soldados tenían pánico de quedarse rezagados porque, entonces, aparecían los waikikis con sus flechas emponzoñadas y les convertían en coladores.

Aquellos seres semiinteligentes almacenaban en sus cubiles subterráneos cualquier metal que encontraran. Ya podía estar abollado y sucio que ellos lo consideraban un tesoro. A los waikikis se les ponía dura con cualquier cosa que brillara.

El general Kuz decidió ir en retaguardia animando a los que no podían andar. Obligando a los oficiales a ceder sus caballos a asesinos y violadores que se arrastraban por el suelo. De noche, en el campamento, los hombrecillos de las montañas se acercaban con sus armas y mataban al que se descuidaba para arrebatarse aquello de valor que pudiera poseer, que generalmente era nada.

En su camino a través de la interminable cordillera, fueron muchos los que se dejaron la vida. Sin embargo, a nadie se le pasaba por la cabeza huir. Los soldados padecían hambre y enfermaban por las gélidas temperaturas de la madrugada. Muchas tiendas se habían perdido, así que decenas de ellos dormían al raso y el rocío les entumecía hasta el tuétano del alma. Llegaron a utilizar el interior de los caballos recién muertos como tiendas de campaña.

Los cañones fueron quedando abandonados por los otros de aquellas tierras deshabitadas, porque ya nadie tenía fuerzas para tirar de ellos y las bestias habían muerto. Unas por las insufribles condiciones del viaje y otras para calentar los huecos estómagos de la soldadesca.

La larga fila de hombres famélicos y sedientos llegó a las áridas extensiones que siguen a las Montañas Perras. Por las grietas de aquellos parajes pedregosos se ocultaban gigantescos reptiles que, por la noche, se alimentaban de estrellas. El sol castigaba a los hombres que caían desmayados mientras los buitres de dos cabezas alzaban el vuelo trazando grandes círculos. Los carroñeros alados proporcionaban, con la inmensa envergadura de sus alas, la única sombra que podía encontrarse en aquel erial.

El agua escaseaba y el aguardiente era peligroso bajo temperaturas de más de 55 grados. Muchos trataban de enjugarse los labios con la bebida espirituosa, pero aquello no hacía más que mortificarles más, porque la sed no se iba.

De vez en cuando alguien disparaba con su arcabuz a algún buitre mientras gritaba:

— ¡Muere, pajarraco de la mierda!

Pero hasta esos tiros salían errados.

La suerte de los hombres del sur pareció cambiar cuando llegaron a las riberas del Río de los Borrachos. Patanes y oficiales, incluso el general, se lanzaron de bruces al agua para aliviar su sed y sus pieles socarradas. Allí la temperatura era más decente. Había sombra bajo las copas de los árboles. Había de comer. Pero algo comenzó a inquietar a los mandos del ejército. Todas las aldeas y pequeñas poblaciones de aquel hermoso valle de agricultores estaban abandonadas.

Esa noche Kuz se reunió en su tienda con los oficiales a la luz de las antorchas. Estaban de buen humor porque habían llegado a la zona del conflicto y, por primera vez en muchos días, tenían agua, víveres y un lugar cómodo donde dormir. Pero el rostro del jefe militar, renegrido y con el entrecejo perpetuamente en tensión, delataba las agrias preocupaciones que le quitaban el sueño.

Muchos de sus subordinados le guardaban rencor por haberles hecho descabalar de sus monturas para cederlas a violadores y sodomitas. No obstante, se tragaban su odio.

Aquella noche el rostro de Kuz estaba especialmente demacrado, pese al alivio que había supuesto llegar a tierras fértiles. Le mortificaban los

continuos cálculos que realizaba para sí en busca de un desenlace digno a la expedición. Los subordinados le miraban expectantes con los rostros enrojecidos por la luz de las velas, que retorcían sombras por las paredes de la tienda:

—Compañeros, ya veis que los trinisantos han pasado por aquí. Habéis visto los pueblos destrozados y deshabitados. En los campos no queda ni una lechuga. He inspeccionado la zona y he encontrado algunas tumbas trinisantas y armas abandonadas.

Todos asintieron, porque el rastro del ejército rival no hubiera pasado inadvertido ni a un borracho con delirium tremens. Kuz prosiguió:

—Los 50.000 hombres de Veritám debieron pasar por aquí hace un mes. Y no han dejado ninguna guarnición en esta zona, lo que es una buena noticia —su rostro adquirió una fosca gravedad. Su ceño se agrietó—. Creo firmemente, sin apelación posible, que estamos condenados a morir. No tenemos ninguna posibilidad. Ni siquiera es probable que lleguemos a Arialcanda a tiempo de defenderla.

—¿Y en caso de que llegáramos antes que los trinisantos? —preguntó su más fiel oficial.

—En ese caso —respondió Kuz mirando al vacío—, en ese caso moriremos luchando. Salimos con 5.000 hombres y cañones oxidados. Ahora no tenemos artillería, no tenemos arqueros y nos quedan 3.000 soldados. Los trinisantos son 50.000. Y las órdenes que tenemos nos obligan a alcanzarles y plantearles batalla.

Miró a la concurrencia. Los rostros estaban descompuestos y un sudor de fuego les caía por la frente y las sienas. Un capitán destapó una petaca y bebió con desespero. Los mandos se miraron unos a otros como buscando soluciones.

—La única salvación que nos queda es dar media vuelta y decir a nuestros pueblos que no hemos hecho nada por salvar la ciudad de los primeros hombres. Pero eso no será así. Sólo quería que lo supierais. De ahora en adelante quiero el máximo respeto a todos los soldados. Asesinos o guerreros, todos tenemos en común que vamos a morir.

3. EL ENMASCARADO

Era noche cerrada en la ribera del Río de los Borrachos. Un grupo de hombres fumaba y bebía con los uniformes desabotonados. El general Kuz había decidido permanecer dos días en aquel pacífico lugar. Más que nada porque era la última oportunidad que las tropas iban a tener de recuperar fuerzas antes del infierno que les esperaba. Los soldados se desperdigaron por aquel valle fantasma estrellado de pequeñas aldeas abandonadas.

Unos lanceros hablaban y reían alrededor de una hoguera que habían prendido junto a una casa de campo vacía. Entonces, un hombre embozado surgió de entre las sombras:

— ¿Puedo sentarme con vosotros? — preguntó el desconocido, que vestía el uniforme de soldado raso.

— ¡Uy, qué fino! ¡Calla y bebe, coño! — exclamó uno de los miembros de la reunión mientras le ponía un vaso de aguardiente en la mano.

— Llegas tarde si quieres robar algo de la quinta. Hemos cogido todo lo que había — advirtió un tercero justo cuando el encapuchado se sentaba—. Había un perro casi muerto de hambre. Pero por lo menos nos ha dado para chupar las costillas asadas.

— ¿Dónde creéis que están los habitantes de este valle fantasma? — preguntó el embozado.

— ¿Muertos? — propuso uno.

— O salieron corriendo — dijo el soldado enmascarado respondiendo así a su propia pregunta.

— Es fácil — repuso uno que emergió de entre las sombras. Las llamas de la hoguera iluminaron un rostro de mirada águilina y ojos negros resplandecientes—. Es lo que haríamos todos nosotros si viéramos a un solo trinisanto. Correr, correr tan lejos como pudiéramos.

— ¿Y por qué no luchar? — le preguntó el desconocido.

— ¿Por una ciudad que no he visto en mi vida? ¿Qué tengo yo en ese sitio de mierda como para que morir por él? Porque no nos engañemos. El general Kuz nos toma por subnormales si cree que no sabemos que esto es un ejército de broma.

— ¿Por qué dices eso? — replicó el soldado que había ofrecido licor al recién llegado— Kuz es un hombre justo. Desmontó de su propio caballo para que no me quedara rezagado y los waikikis me mataran a flechazos.

— Lo digo porque me sacaron de la cárcel para hacer bulto. A mí y a vosotros, que en vuestra vida habéis formado en un pelotón. ¿Quién tiene el cerebro tan seco como para pretender enfrenar a 3.000 hombres contra la fuerza más poderosa sobre la tierra? ¡Y ellos tienen magia! ¡Y pueden confundirnos con ella! ¡Estamos más muertos que el perro que nos acabamos de comer! ¡Lo juro por mi hermana que está bajo tierra!

— Si es así, moriremos todos. El general también — protestó el desconocido que se escondía bajo la capucha.

El otro le atravesó con los ojos. Pero luego los dejó caer y respondió lacónicamente:

— Sí.

En la despensa de la casa habían encontrado conservas y fiambre. También un buen surtido de aguardiente casero y tabaco. Lo devoraron todo sin piedad y se emborracharon como monos.

— ¿No sería mejor guardar la comida para los días que vienen? — preguntó con inquietud el embozado.

—¡Un huevo! —respondieron al unísono— Lo que está en el estómago no nos lo quita nadie.

Y se rieron acicateados por el alcohol que les hacía cosquillas en las venas.

—¿Tenéis miedo? —inquirió otra vez.

El hombre de rostro aquilino y piel oscura se le quedó mirando:

—Pues claro. ¿Es que te crees que somos tontos? Hoy estamos aquí a la bartola, pero, si no me equivoco, ahora tendremos que hacer una carrera para llegar a Arialcanda antes que el ejército de Veritám. Y, si lo conseguimos, dejaremos bien a nuestros reyes cumpliendo la papeleta de dejarnos masacrar. No será una batalla sangrienta. Será, simplemente, ridícula. Qué a gusto se van a reír cuando vean aparecer a cuatro harapientos armados con abrecartas.

—¿Cómo te llamas?

—Akkán. ¿Quién me lo pregunta?

Pero el hombre embozado, sin responder, desapareció de inmediato entre las sombras que se lo tragaron como si nunca hubiera estado allí. Todos se levantaron, aunque estaban aturridos por la embriaguez.

—¿De dónde habrá salido el tío chorra ese de la máscara? —preguntó Akkán.

—¡Bah! ¡Será algún borracho! —respondió uno al que le colgaba de la comisura de los labios un cacho de fiambre.

El general Kuz aún pudo escuchar esas palabras cuando se quitaba el disfraz de soldado raso y regresaba a su tienda. El viejo ya no estaba para aquellas campañas, pero el agotamiento crónico no le ayudaba a conciliar el sueño.

La rodilla derecha le traicionaba continuamente con dolores desquiciantes. Pasaba las noches con los ojos abiertos. Cada vez era mayor la punzada de su conciencia por ser el pastor que llevaba a aquellas reses al degüello. Maldijo en silencio a los gobernantes de su tierra, que le habían traicionado y despreciado.

Lloró amargamente en la soledad de su tienda. Lloró como un niño porque la vida le parecía, en aquel rincón olvidado del mundo, una titánica mentira:

—¡Os maldigo! ¡Os maldigo reyes que termináis con 40 años consagrados a defender vuestra tierra con dignidad y justicia! ¡Alguien tiene que ser noble para que vosotros podáis ser malvados! ¡Abénn! ¡Abénn!

El criado apareció a los pocos segundos recién arrancado del sueño.

—¡Mándeme, general! ¿Le sucede algo?

—¡Tráeme una botella!

—¿De agua?

—¡De aguardiente! ¡Imbécil!

4. EL TRINISANTO CAGANDO

Fueron 3.000 los hombres que remontaron el Río de los Borrachos a pie. Caminaban todo el día a ritmo insoportable. Cada vez se metían más en el interior del continente, siempre hacia oriente. No tardaron en encontrar rescoldos de batallas. De carnicerías, más bien. Campos negros de incendios, pueblos enteros todavía en llamas. Muertos apilados en los caminos. Reses carbonizadas. Caballos incinerados y colgados de los árboles.

Atravesaban aldeas cuyos habitantes no habían huido. Alguien tenía que enterrar a los muertos. Todas aquellas gentes miraban pasar en silencio a los hombres del sur que se apoyaban en sus lanzas a modo de bastones. Algunos les vitoreaban, pero la mayoría, al ver el aspecto lamentable de los guerreros, bajaban la vista y se echaban a llorar.

Los lugareños les enervaban el ánimo con historias de violaciones, de raptos, de mutilaciones gratuitas. Los bosques se habían llenado de huérfanos sin nadie a quien llorar. Los trinisantos repartían la muerte al arbitrio. A ti te tocó. A ti no. “¡Matar! ¡Matar!”, bramaban al oído de los soldados morenos las viudas y los esposos de mujeres forzadas.

Las tropas trinisantas habían sembrado un rastro de odio a su paso. Kuz, que iba a caballo, estudiaba consternado las caras de los lugareños, deformadas por un dolor y una ira infinitos, inconmensurables, imposibles de resarcir. Todos ellos, con corazón o sin él, clamaban venganza.

Un día Akkán y dos hombres más se adelantaron al grueso y llegaron a un pueblo abandonado. Las casas habían quedado reducidas a muros negruzcos. Bajo los escombros se advertía el blanco de humanas calaveras. El soldado entró en una mansión que todavía se tenía en pie en busca de algún objeto de valor. Vio entonces en un rincón a un lancero trinisanto. Estaba de cuclillas, de espaldas a él. Se había quitado la parte inferior de la armadura y sostenía la espléndida capa blanca plegada sobre sus codos para que no tocara el suelo. El tipo parecía estar ejerciendo un grave esfuerzo porque emitía gruñidos y su cara estaba completamente enrojecida.

—Un trinisanto cagando —gruñó para sí Akkan—. Qué deleznable visión.

El cetrino se acercó al lancero por la espalda. La lanza reposaba en la pared. Lo hizo con todo el sigilo del que fue capaz. Mientras se acercaba, iba desenvainando su espada.

Entonces, su pie pisó un cristal roto y el defecador se dio la vuelta con el rostro cubierto de sudor. Al verle, soltó un grito de sorpresa y trató de correr a por su lanza. No tuvo tiempo. Akkán le clavó la espada de lleno en el hígado. El lancero blanco dejó escapar un grito desgarrado mientras caía al suelo desmayado por la tremenda cuchillada.

Pero seguía vivo, así que Akkán se sentó a horcajadas sobre él y le apretó la nuez con sus fuertes dedos hasta que la sintió crujiir. En ese

momento, los ojos del soldado parecían dos huevos duros a punto de saltar de sus cuencas. El rostro rojo sangre. Tapándose la nariz, registró al hambre, que no llevaba dinero.

— ¡Pues! Unas tijeras cochinas — maldijo Akkán tras registrar el último bolsillo. Y se las guardó en la bandolera.

Según les contaron los habitantes de las aldeas y pueblos arrasados que fueron encontrando en su camino, las huestes imperiales habían tenido que dar un rodeo por el llano de Artál, porque el paso de las montañas era impracticable para una legión tan numerosa. Kuz no dudó un instante y atravesó la pequeña cordillera parando apenas para dormir. Así pudieron tomar la delantera. Los hombres llegaron exhaustos. Las bestias fueron reventando una a una en medio de espumarajos de sangre y ojos enloquecidos. Pero lo habían conseguido.

El ejército trinisanto les venía pisando los talones, por lo que no pudieron ni siquiera entrar en la ciudad por la que querían vender caras sus vidas. Ocuparon el alcázar de Nis en un atardecer de oro. Esta fortaleza era el único obstáculo que impedía el paso a Arialcanda. A las pocas horas de atrincherarse los cetrinos, apareció en el horizonte el monstruo. Miles y miles de cabezas. Altas lanzas que iban rascando el cielo. Máquinas de guerra. Cañones, cañones y más cañones. Aquel río de carne erizado de aceros retumbaba a un solo paso. Los tambores marcaban un ritmo monótono mientras las banderas que distinguían los regimientos ondeaban y oscilaban en una danza que mareaba. Las manadas de homúnculos y waikikis se sucedían una tras otra armadas de acero hasta los huevos. Muchos de los cetrinos que se habían hecho fuertes en Nis se orinaron encima. Otros vomitaron de miedo.

Eso sucedió cuando, al final de aquella marea inmensa de cabezas empenachadas de blanco, apareció una figura lejana y pequeña rodeada de generales y Ladrones de Almas. Era Veritám.

5. LA VISITA DEL YENENAI

Akkán había estado toda la tarde siguiendo con mirada resentida al soldado que se había ofrecido para ejecutarle con las rodillas hincadas en el polvo. Los cañones trinisantos seguían mudos frente a la fortaleza.

*¡Quiero todos los arcabuces cargados! ¡Los que tengan arma de fuego a las torres y almenas! ¡Los otros tras el muro! ¡No quiero que nadie se deje matar sin matar antes! — bramaba el general Kuz.

Su aspecto era trágicamente lamentable. Debía haber perdido diez kilos en poco tiempo y parecía que iba a desmayarse al menor descuido. A su alrededor, los hombres amontonaban celosamente las balas, colocaban la

pólvora y preparaban las mechas. A uno se le cayó un puñado del granuloso polvo al suelo. El general, que le vio, se acercó y le soltó un tortazo:

– ¡Ni una bala, ni un solo soplo de pólvora, ni una uña de mecha deben ser desperdiciadas!

El subordinado asintió dolorido y trató de recoger el material derramado.

Se oía en el aire que se les venía encima la gorda. Todos, absolutamente todos, estaban muertos de miedo y temblaban. Se miraban unos a otros con ojos muy abiertos, porque anocheecía y cada vez era más difícil distinguir los rostros.

Se escuchó entonces un sonido de cascos tras la fortaleza. Unos jinetes venían de la ciudad.

– ¡Vienen jinetes de Arialcanda! – exclamó un vigía.

– ¡Abrid el portón! – ordenó el general con voz desabrida.

Así se hizo, con lo que entró en el patio un grupo de unos doscientos hombres a caballo. Vestían uniformes dorados, demasiado monos. Unos plumones vistosos y festivos remataban sus yelmos, extremadamente altos.

– Esto me recuerda al espectáculo de travesties que organizaron para las fiestas de mi pueblo – murmuró irónico uno.

– Yo no estoy para fiestas de disfraces – respondió otra voz.

Las chanzas despertaron las risas de los malhumorados soldados del sur, cuyo aspecto contrastaba tanto con las capas rojas y las pecheras color crepúsculo de los recién llegados. A la cabeza de la caballería iba un hombre alto de piel blanca y grandes ojos azules rasgados. Su rostro parecía el de un ídolo antiguo, pese a la pena infinita que le estropeaba la luz a su mirada. Iba vestido con modestia, con armadura ligera y pantalones de piel. Unas botas altas y guantes completaban su vestimenta. El viento que se estaba levantando hacía revolotear su capa negra y sus largos cabellos, del mismo color. Podía tener 40 años. Pese a la sencillez de su atuendo, a nadie se le escapó que era Ielan Yenenaii.

Junto a él cabalgaba un individuo de mirada adusta y verdeazulada. Era alto y enjuto. Sus manos sostenían con seguridad las riendas del caballo. En su cabalgar a la derecha del Yenenaii, iba poniendo los ojos sobre los soldados atezados. Bajo el alto yelmo dorado, su rostro asustaba por una delgadez de víbora que le dejaba unos pómulos salientes en medio de los cuales resaltaba una nariz aguilena.

Akkán, que observaba la escena sin demasiado entusiasmo junto a sus compañeros, intuyó enseguida algo salvaje en los gestos de ese hombre espantosamente flaco, en sus brazos delgados y fuertes frecuentados por el sol, que le diferenciaba del resto de los caballeros que eran, según comenzaba a decirse un voz baja:

– Unos mariquitas.

La cabeza del recién llegado batallón se detuvo en el centro. El Yennenai estudió el lugar y los hombres que lo defendían. Tras extraer conclusiones sin mover un solo músculo de su cara, se limitó a sonreír con una limpidez diamantina.

Remontémonos a unos días antes.

No es que el rey Ielan Yenenaii fuera malvado. Al contrario, desde antes de que aprendiera a balbucear se le fustigó con obcecación obsesiva y dañina sobre lo que son el bien y el mal.

— Los hombres creen que eres un dios — le repetían minuto a minuto sus padres.

Así que, antes que aprender a ser persona, aprendió a ser rey. Las insistentes lecciones de vida regia le dejaron una secuela que le hacía profundamente infeliz: Hiciera lo que hiciera, debía estar a la altura de un dios. Así que, sin ser engreído ni insensible, se acostumbró a hablar sin escuchar, convencido como estaba de que los demás sólo querían eso. Sabía que algún día iba a ser el símbolo espiritual de un continente formado por miles de pueblos que nunca visitaría.

En las mañanas, pasaba horas ante el espejo ensayando una expresión en la que intentaba mezclar nobleza, rectitud, bondad y comprensión. El azar quiso que heredara de su madre unos ojos de diamante azul, rasgados y grandes que obligaban a apartar la vista, como si fuera un ídolo tallado en oro blanco. Y esa era su vida.

Pero el hombre que había detrás del rey era un ser inseguro que se escudaba en la magnificencia de una cara que todos conocían por las monedas. Inseguro, aunque no cruel ni malvado.

El Salón de los Cien Escalones en el palacio los Yenenaii era su territorio sagrado. Era allí donde alzaba la mano y dictaba destinos con voz poderosa y suave. Era allí donde conseguía ser aquello para lo que le habían educado: un hombre disfrazado de dios. Cuando se retiraban los cortesanos y criados; cuando se apagaban las antorchas y el sol se ponía; era entonces cuando Ielan se quedaba solo ante sí mismo.

En esos momentos no sabía cómo corresponder a las caricias o reprimendas de su compañera. Una neurosis galopante, producto de años de esclavitud psicológica, le impedía ser amante. Su mujer, que le quería bien, sentía una lástima infinita por el hombre, y lloraba por pasar las noches en la alcoba en compañía de un ídolo, tan helado e incapaz de dar calor como el bronce del que parecía estar hecho.

Ese era el rey que cayó desmayado cuando le dijeron al oído que 50.000 hombres y monstruos se dirigían hacia su ciudad por el capricho de un virrey que cuanto más tenía más quería.

— Es la esclavitud del poder — reflexionó con sus consejeros —. Un rey puede tener toda la Tierra bajo su yugo, pero, si se le escapa un islote en el que viven las hormigas, no podrá ni siquiera dormir de rabia por no ser dueño de ese último pedrusco.

Lo cierto es que primero se habló de armar a los pacíficos habitantes de la ciudad. Pero se llegó a la conclusión de que era imposible en tan poco

tiempo. Gobernantes y gobernados ponían la supervivencia de Arialcanda por encima de la suya propia. Sus calles, casas, puentes, canales y jardines habían sido alzados a lo largo de milenios con la paciencia que se pone en la obra de arte. Hasta el último rincón de aquel lugar había requerido años de trabajo en los que se colocaban adoquines que dibujaban la forma de las aves, estatuas, mosaicos y plantas.

En aquellas latitudes orientales, el sol convertía el mundo en una balsa de oro. Y por eso al atardecer Arialcanda refulgía con una luz mística que difuminaba los contornos y que invadía las huertas, granjas y riachuelos que la rodeaban.

En conclusión, que el rey Ielan Yenenai coincidió con el sentir de su pacífico pueblo y decidió asumir la vergüenza de caer bajo la bota de Veritám antes que ver los muros dorados de la ciudad desmoronarse ante los cañones; y la sangre corriendo en ríos por entre los adoquines.

Pero pronto se supo de la inminente llegada de un glorioso ejército de valientes del sur. Decían los rumores que todos los reyes de las tierras polvorientas habían unido la totalidad de sus huestes para salvar Arialcanda, y que era esa la mayor legión jamás movilizada.

Entonces la esperanza renació. Y el rey volvió a sentirse rey.

Pero quitando de la propia Muerte, todo lo que nace muere. Y la esperanza no es excepción. Sucedió cuando en lontananza se vio llegar una columna de hombres encorvados bajo el peso de su propia mugre. Corrían, corrían acobardados por la inmensa máquina de guerrear que les seguía de cerca. No hubo tiempo para tonterías. Se acuartelaron en el alcázar de Nis que cerraba el paso al desfiladero y allí cayeron rendidos, a la espera de los inminentes bombardeos.

Esa tarde miles de ojos se habían asomado a las ventanas de Arialcanda. Una lágrima salió de cada uno de ellos, porque se sabían perdidos. Aquellos pobres guerreros que huían con el miedo como único combustible no podían salvarse ni a sí mismos.

El rey, que estaba sentado en el mirador de la colina de Hojoviento tuvo que excusarse para salir, esconderse en una habitación secreta y llorar paralizado por un ataque de histeria. Le atormentaban los espectros de todos sus antepasados que le pedían cuentas por poner fin a miles de años de placentera gloria:

—¿Y qué culpa tengo yo? —les lloriqueaba él— Yo no tengo la culpa del tiempo que me toca vivir. ¡Sois unos afortunados egoístas! ¡Ojalá estuvierais en mi sitio! ¡Cruelles!

Poco después llamó a Amin, el flaco jefe de la guardia de la ciudad, al Salón de los Cien Escalones. A ambos lados del trono caían dos altas y silenciosas cascadas artificiales. Las paredes habían sido esculpidas en forma de rocalla en un intento de imitar la naturaleza. La hiedra que se abrazaba a la piedra reforzaba esta sensación y recibía el aliento de grandes hálitos de luz solar que penetraban por la columnata que daba al mirador.

Amin ascendió los escalones irregulares que llevaban al trono del rey. Su cuerpo horrendamente flaco temblaba bajo el uniforme. Ielan, que le observaba con regia gravedad, le preguntó:

– Valiente Amin, ¿qué opinión te merecen nuestros salvadores del sur?

El otro se pasó la mano por la cabeza afeitada:

– ¿Puedo ser sincero? – solicitó el militar.

– Para eso te he llamado.

– Están muertos. Estos no pueden salvarse ni a sí mismos.

– Pero – repuso el rey sin atreverse a mirarle a los ojos – no podemos dejarles solos.

– Sería vil – respondió Amin tragando saliva. Sabía para qué estaba allí.

– Tú eres nuestro mejor, nuestro único guerrero.

El jefe de la guardia asintió. El rey añadió:

– Tienes que estar en Nis, Amin. Eres el jefe de nuestra guardia.

El militar suspiró casi en un temblor.

– Entiendo – respondió finalmente.

Ielan ocultó su cara entre las manos. Era la primera vez que mandaba a un padre de familia a morir.

En unos minutos el enjuto soldado llegó a una casa que se alzaba en una calle menuda y empinada, cerca de los jardines de Hojoviento. Antes de entrar, se quitó el yelmo empenachado cuya protección le partía la cara en dos.

En una pequeña terraza rodeada de columnitas había una mujer con una túnica rosada. Sostenía en sus brazos una criatura que iluminaba el mundo con su risa. La pequeña no sabía de guerras ni trinisantos. No sucedía lo mismo con un muchacho que luchaba, espada de madera en mano, contra una columna en la que imaginaba ver un homúnculo y waikikis.

El hombre entró en silencio, sintiéndose sucio en aquel templo que era su hogar. La mujer, más joven que él, le arrasó con sus ojos orientales. Llevaba los largos cabellos negros recogidos en una gruesa trenza.

– Amin – suspiró ella.

– Yi Na.

Y la abrazó.

– Ielan te ha dicho que vayas a luchar a Nis ¿verdad?

Él no supo responder. No se le enseñó a llorar en su momento, por lo que no pudo más que apretar los dientes. Dejó las ropas en el suelo y exhibió su torso moreno y desnudo. Era espantosamente flaco, pero la musculatura se agazapaba apretada bajo la piel amenazando con reventarla.

Su brazo derecho estaba completamente cubierto de tatuajes. Unos representaban grandes simios, otros espantosas criaturas marinas, endriagos de los hielos y reptiles del desierto.

– ¿Ves todos estos monstruos? – preguntó a su compañera señalando las criaturas que adornaban su piel.

—Sí —respondió ella—. Los tapaste con una venda roja después de que nos acostáramos la primera vez. Me dijiste que no querías volver a cazar monstruos ni a luchar.

—¿Y por qué no quería volver a luchar?

—Porque nos enamoramos y querías tener hijos conmigo.

—Pero ahora... —dijo él.

—Ahora tienes que ir a Nis —terminó ella sollozando—. Amin. Que te van a matar. Que allí te van a matar.

—¿Y qué quieres que le haga yo, Yi Na?

—Entiendo. Entiendo.

Ella entendía, pero no dejaba de llorar.

La pequeña, de ojos rasgados como su madre, rompió a llorar movida por alguna intuición de lo que pasaba allí. Unas lágrimas espantosas barrían las mejillas de Yi Na. El niño detuvo su juego y observó la escena con pesar infantil. De su padre tenía la pupila verdeazulada de los hombres del norte.

Amin tomó en brazos a la delicada pequeña que se tranquilizó al contacto de su áspera piel. El gesto ceñudo se le desmoronó ante la contemplación de su hija. Y pensó: “¿De veras no voy a poder verte crecer, niña?”.

El sagrado vínculo que unía a Yi Na y Amin hizo que ella, con sus someras dotes mágicas, entendiera qué le pasaba por la cabeza a su varón. Le acarició el rostro con su pequeña mano blanca. La dulzura de caramelo de su tacto apaciguó el espíritu quebrado del soldado.

—Tengo mucho miedo, Ni Ya —musitó el guerrero con voz retemblada—. Allí abajo se mata a peso. Yo quiero quedarme contigo.

—Pero no puedes.

Ella tomó su cabeza sudorosa y la apretó entre sus brazos. Pero él sólo sabía repetir:

—No hay gloria, no hay gloria. Se la quedan los generales y los virreyes.

Yi Na le puso las manos en las mejillas para obligarle a mirarla. Los ojos de la muchacha oriental, mucho más joven que él, eran dos remansos negros en los que cabía una colección de universos:

—Amin, mi amor, mi compañero. Pongo en ti mi magia. Yo estaré contigo viendo por tus ojos. Yo lucharé contigo. ¿Me oyes? Te estaré mirando porque mi magia está en ti ahora. ¿No la sientes latir en tu alma? ¿No ves cómo acaricia amorosa tu espíritu? Vete. Vete, pero vuelve porque mi mundo no es nada sin...

Y contra su voluntad, la muchacha rompió a llorar otra vez, incapaz de confiar en su propio conjuro.

Amin no quiso prolongar más aquel instante de dolor espantoso. Besó a su amiga con todo el fuego que le calcinaba el alma y estrechó a sus dos hijos contra su pecho enteco. Después salió corriendo agarrando su vieja lanza y su espada. Dijo adiós al hogar con un portazo.

El Yenenaii, la comitiva y la guardia ya esperaban a las puertas.

Y allí estaban ahora, en el interior del alcázar de Nis, rodeados de cetrinos.

Kuz había salido al encuentro de Ielan y Amin en compañía de los oficiales mayores. El Yenenaii descabalgó y estrechó la mano del general entre las suyas.

– Gracias, general, por venir en nuestra ayuda.

Kuz asintió con corrección. El Yenenaii prosiguió:

– Desde aquí no se ve. Pero miles de ojos están puestos en esta fortaleza de Nis. Todos los arialcandos están con ustedes, señores del sur.

Esas palabras suscitaron algunas sonrisas crueles entre la soldadesca. Un amigo de Akkán le susurró al oído:

– ¿Y por qué no vienen aquí con nosotros? ¿Es que tienen la agenda apretada?

– Sabemos – prosiguió el Yenenaii – que vienen de muy lejos. Que tienen hambre y están cansados. Por desgracia, Arialcanda no es una ciudad de guerreros. Pero traemos comida y bebida.

A una señal suya, un tío levantó la tela que cubría tres carros con todo tipo de alimentos. El rey continuó:

– Me acompaña Amin, el jefe de la guardia de Arialcanda, con sus mejores caballeros – explicó señalando al hombre que cabalgaba a su derecha. Éste se limitó a quitarse el casco y mostrar una cabeza completamente calva que hacía más tremenda su delgadez.

– Ellos – prosiguió – lucharán con ustedes. General – exhortó mirando a los ojos a Kuz. Había una súplica imperativa en su dulce tono de voz –, general, que tengan ustedes toda la suerte del mundo porque sería una vergüenza infinita ver Arialcanda prisionera.

Kuz, que había escuchado en silencio toda aquella romanza, apenas pudo despegar los labios, porque Ielan Yenenaii hizo una señal y se marchó de allí con su pequeño séquito.

– Hijo de una hiena. Ya empezaba a molestarte el olor – murmuró Kuz.

Sin embargo, cuando la comitiva estaba a punto de cruzar el portón, Akkán les imprecó:

– ¿Y cómo van a enfrentarse tus soldaditos de plomo a Veritám? ¿Haciéndoles cosquillas con las plumas de los cascos?

– ¡Sí! – gritó otro con bronco vozarrón – ¡Llévatelos! ¡No los queremos! ¿A quién pretenden engañar? ¡Todo el mundo sabe que Arialcanda es la capital de los cobardes!

– ¿Qué cobardes? ¡De los maricones! – matizó otro.

Y Ielan, que jamás en su vida había sido objeto de tan zafias imprecaciones, se quedó pálido sobre su caballo. Los guardias de Arialcanda se miraban estupefactos. Allí en la ciudad habían convertido a los cetrinos en unos salvadores de categoría casi sobrenatural. Y ahora que iban a su

encuentro, se encontraban con una horda bestial, sucia y rabiosa que odiaba Arialcanda casi más que al Imperio Trinisanto.

Uno de los galantes guardianes se acercó con su filigrana de uniforme a un soldado cualquiera y le espetó:

— ¿Por qué insultáis? ¿Para nosotros es un honor morir junto a los héroes de bronce?

— ¡Cállate, hijo de una camada de ratas! — le respondieron.

Los gritos y dicterios se fueron multiplicando. Se alzaban puños apretados y brillaban espadas. Los arialcandos, desconcertados, llevaron las manos a sus cintos comenzando a temer por sus vidas. El hombre flaco que les dirigía observaba el conflicto sin mover un músculo. No había signo de sorpresa en su rostro de piedra. Amin, a sus 50 años, tenía el culo muy pelado.

Muy cerca de él, Kuz permanecía cruzado de brazos. Hacía suyo el enfado de los hombres ante un rey que despachaba con tres melones y cuatro soldados a mil valientes que iban a dar la vida por él.

Al final, sin embargo, los ánimos se calmaron y los improprios se extinguieron. Estaban todos demasiado agotados y asustados como para perder el tiempo (ese bien que empezaba a ser escaso) en gritos. El Yenenaii se bajó entonces de su cabalgadura y buscó un rostro con su pupila azul, que amenazaba lluvia. Dio con los dos carbones encendidos de Akkán y le sonrió. Caminó hacia él y le dijo:

— Tú eres el primero que me ha insultado, pero te perdono a ti y a los demás porque no nos conocéis y porque nuestro futuro está en vuestras manos. ¿Crees que soy orgulloso? Déjame que te demuestre que no.

Y con gesto teatral le entregó su propia espada protegida por una vaina dorada. Después, siguiendo su costumbre de marcharse antes de que hablaran los demás, se fue de aquel sumidero sanguinolento para siempre.

— Vaya, Akkán. Un rey te ha dado su espada — había dicho Zunnam.

Era noche cerrada. Akkán y su compañero apoyaban sus espaldas destartaladas en la almena y el muro respectivamente. Sobre ellos, las estrellas se habían ido prendiendo una a una hasta trazar un laberinto de lucecitas claras y lejanas.

La brisa, gran espía, traía el ruido de los trabajos que se realizaban a esas horas en el campamento trinisanto. Un signo más del ataque inminente. Miles de hogueras se extendían hasta el horizonte haciendo competencia en su número y brillo al amedrentado firmamento.

— Cualquiera diría que esos trinisantos mierdosos quieren ser mejores que el cielo de noche — comentó Zunnam a su compañero que bostezaba de cansancio —. ¿Crees que algún día también las estrellas serán tuyas?

Akkán articuló una sonrisa de rata. Y contestó:

— Y yo qué sé. No estaré aquí para verlo.

–Vamos a morir.

–Sí, pero prefiero pasar por encima ese pequeño detalle en mis últimas horas.

–¿Usarás la espada que te ha dado el señor de los ojos azules?

–Claro, es mejor que esa cuchilla de afeitar desdentada que tenía. No recuerdo a qué imbécil se la he regalado.

–Era yo.

–Ah, sí.

Siguieron oteando las sombras. Zunnam insistió:

–¿Y no estás orgulloso de que el hijo de los primeros hombres te haya dado su espada?

–No.

–¿No?

–No por dos razones. La primera: Ese tío tiene cien espadas como la que me ha dado. Es fácil. Le da su arma a un pobre diablo (o sea yo) y se gana la confianza de todos estos imbéciles. Ahora mismo, muchos de los nuestros estarán criando babas y dando gracias por dar la vida por ese reyezuelo de la mierda. Hay que estar muy mal de la chola para creer que un trozo de acero afilado vale la confianza de un hombre.

–¿Y la segunda?

–¿La segunda qué?

–La segunda razón.

–Ah, eso es pura matemática. Si esos tal Yenenai son los hijos del primer hombre, entonces de ¿quién somos hijos los demás? ¿De una berza? Si hubo un primer padre y una primera madre, todos procedemos de ellos. ¿No?

–Qué mal repartido está el mundo.

–Y que lo digas.

La noche seguía avanzando. Conforme se abría paso la madrugada como la cuchilla a través de una herida, el mundo se helaba. Akkán observó distraídamente cómo la guardia de Arialcanda velaba completamente separada de los que, se suponía, eran sus compañeros de armas.

Allí estaba Amin, en pie, siempre silencioso, con el cuello en alto y la cabeza pelona. Parecía olisquear la batalla que se acercaba como un ladrón en el medio de la noche.

6. LA MUERTE SE EMPACHÓ ESE AMANECER

Fue asomar el primer rayo de sol sobre los espectrales oteros, y sonar un cuerno terrible en la lejanía. Y otro respondió. Y otro. Y otro. Como si la cruda melodía rebotara en eco de monte en monte.

Los abanderados alzaron los estandartes que distinguían los batallones del glorioso ejército trinisanto. Los mensajeros iban y volvían a caballo repartiendo órdenes y cartas de parte a parte de la masa. El centro pensante se encontraba en una colina todavía invisible por la raquítica luz de la aurora. Allí, en pie, una figura menuda y lejana, rodeada de generales y Ladrones de Almas, movía los hilos.

El primer cañonazo sirvió como despertador en el último día de muchas vidas. Las cabezas soñolientas de los defensores de la fortaleza de Nis se asomaron temerosas a las almenas. La granada surcó el cielo como un pájaro silbador y fue a dar en pleno centro del alcázar, justo donde estaban los caballeros de Arialcanda. Hombres y bestias cuadrúpedas saltaron por los aires con alegre vigor. Una granizada de metralla convirtió en salpicón una decena de cuerpos ante los rostros enloquecidos de sus compañeros.

La lluvia de granadas fue acompañada por el lento avance de las primeras filas del ejército trinisanto. Tal como había predicho Kuz, los homúnculos serían los primeros en llegar a la fiesta. Las masas de carne, barro y metal sin vida avanzaban en un caos semejante al de sus propias anatomías. Algunos carecían de piernas y reptaban con la ayuda de sus manos. Otros tenían tres. Otros apenas tenían parecido con la morfología humana. Los había incluso sin ojos, que caminaban llevados estúpidamente por el empuje de la masa. Eso sí, todos empuñaban hachas de tamaño descorazonador.

Había tal vez miles de ellos.

Ahora los cañonazos se dirigieron al unísono a la puerta de la fortaleza y sus almenas, con lo que los hombres del interior se libraron de las lluvias de metralla, por el momento.

El general Kuz irrumpió en el atalaya en medio del fuego y las llamas con la espada en la mano y gritando con sus últimos rescoldos de voz:

— ¡Cargad las armas y no disparéis hasta que lo diga yo! ¡Hay que mantener el orden mientras sea posible!

Pero las bombas hacían saltar en pedazos los muros y los hombres. No era extraño tropezar con brazos, dedos y pies chamuscados.

— ¡Apuntad! ¡Ahora! — bramó Kuz, que casi parecía que iba a morir extenuado por sus propios gritos — ¡Fuego ya!

Centenares de detonaciones se sucedieron a lo largo de toda la muralla. El estruendo de las armas casi deja sordos a los fusileros. Las llamaradas de los arcabuces produjeron una inmensa nube de humo blanco. Los soldados cetrinos esperaban impacientes a que se disolviera para ver el efecto de su atronadora arremetida.

Una racha de viento helado se llevó la fumarola. Lo primero que apareció fue un sol tímido y sonrosado, como un recién nacido. Y después, la primera fila de homúnculos despedazada. Los hombres lo celebraron con vítores y lingotazos a las botellas de licor. Pero no había tiempo para la jauja, porque la segunda columna de monstruos ya pisoteaba los cadáveres de la primera. Algunos seguían vivos, pero eran igualmente aplastados, entre estentóreos manotazos de tormento imbécil.

Los cetrinos lanzaron una segunda barrida de plomo y, de nuevo, decenas y decenas de homúnculos cayeron muertos. Pero aquel rebozado humano, hecho con los despojos de los soldados muertos en anteriores batallas, seguía avanzando hacia Nis como una marea imparable.

—¡Disparad y no falléis si no queréis que los Ladrones de Almas os conviertan en una de esas porquerías abyectas! —amenazaba el desencajado general.

Los cañones de los trinisantos rugían vomitando muerte a diestro y siniestro. Sin embargo, las balas de la fortaleza eran, de momento, suficiente para mantener alejados a los monstruos.

Entonces se escuchó un sonido como de cientos de cuerdas destensándose a una sola vez. Y el cielo se oscureció. Los guerreros de la fortaleza miraron hacia arriba y vieron una legión de flechas que se combaban y caían directamente sobre ellos.

Akkán tuvo el tiempo justo de ocultarse bajo el escudo de un muerto.

—¡Zunnam! ¡Zunnam! ¡Ven aquí! —gritó a su compañero.

Pero un par de saetas atravesaron al pobre Zunnam dejándole seco y con una espuma sanguinolenta adornándole los labios.

—¡La puerta ha caído! ¡La puerta ha caído! —gritó alguien.

Y, en efecto, las juntas pendían en el vacío y el muro se estremecía bajo los cañonazos. El general, que lo vio, saltó corriendo de la muralla y gritó a los lanceros:

—¡A las puertas! ¡A las puertas!

Allí ya estaba la guardia que capitaneaba el silencioso Amin, que seguía sin despegar los labios, como si sus hombres ya supieran qué instrucciones debían cumplir. Sus armaduras estaban ennegrecidas y las capas socarradas. Muchos de ellos, que nunca habían conocido la monstruosa lógica de la batalla, sorbían pucheros ante la contemplación de los amigos desangrados como cochinos en el matadero. Los cascos ladeados.

Desde la almena se seguían lanzando considerables descargas de fusilería, pero el hedor a carne corrupta delataba la cercanía de los homúnculos que se arrastraban como un inmenso rebozado hacia los hombres, quietos como estatuas.

—¡No salgáis al llano! —insistía el general que iba en primera fila, muy al contrario que su estrategia rival— ¡Permaneced en la boca del desfiladero para que no nos rodeen!

Harto de servir de blanco al diluvio universal de flechas, Akkán bajó también a la entrada. Pero inmediatamente comprendió que no había escapatoria a la muerte en ese amanecer. Y que el infierno estaba a la vuelta de cualquier esquina.

Los arqueros trinisantos seguían haciendo bailar sus cuerdas. Muchos de los proyectiles se incrustaban en las espaldas de los homúnculos.

—Qué colección de barreduras —dijo Amin, que veía perfectamente los rostros infames de sus enemigos—. Sería una broma muy fea morir luchando con estas cochambres.

Las hachas se alzaron. Era el momento del cuerpo a cuerpo. Se escuchó el entrec chocar de aceros en la boca del pequeño desfiladero. Inmediatamente comenzó a mezclarse con el chap-chap de la carne cortada.

Mil hombres salieron a la puerta del alcázar de Nis, que obturaba el paso por el breve desfiladero. Los cañones habían callado, así que los tiradores que seguían en pie en la ruinosa muralla hicieron con sus disparos una escabechina entre las filas enemigas.

Los soldados de Arialcanda se orinaban en sus bronceas armaduras y sus lanzas balbuceaban en el aire:

— ¡Más bajas! ¡Más bajas! — ordenaba Amin.

Pero cada vez eran menos los que quedaban para cumplir sus órdenes porque los pútridos autómatas escabechaban a sus timoratos hombres, que se quedaban paralizados de miedo. Akkán, que trataba de huir de la batalla, columbró en medio de la muchedumbre al soldado que se había ofrecido al general Kuz para ejecutarle. Éste se batía valerosamente con tres homúnculos, y acababa de despachar a otros tantos. Un odio criminal se subió a la mirada de Akkán, inyectada en sangre. Sus ojos quemaban como dos carbones al rojo vivo:

— A ti te buscaba yo, campeón.

El oficial odiado había tumbado a dos de los homúnculos, pero cuatro más les habían sustituido. Manejaba la espada con resuello sobrehumano y la hacía bailar sobre las cabezas de sus gibosos contendientes destripándolos en riguroso orden de fila.

Akkán avanzaba eludiendo el combate. Un soldado de Arialcanda pereció al interponer valerosamente su pecho entre el hacha de un homúnculo y la cabeza del hombre del sur. El arialcanda cayó al suelo. Akkán se reclinó sobre él:

— Por la victoria — acertó a decir el agonizante antes de despedirse con un gorgoteo carmesí y gutural.

Sin dar las gracias, el cetrino se fue y se puso detrás de su fallido ejecutor, que seguía segando intestinos con mano de santo. Eso sí, cada vez eran más los rivales y su brazo perdía firmeza conforme se enfrentaba a nuevos espantajos.

Akkán, al ver tan cerca al que quiso ser su verdugo, lanzó un grito de bestia triunfante. Sacó la espada que el rey ese le había regalado y se la incrustó con todas sus fuerzas en los riñones. El soldado, sorprendido por tan fatal ataque de navajero, lanzó un alarido y puso los brazos en cruz. Un segundo más tarde tales extremidades ya no estaban allí. Las hachas enemigas los habían sajado con cualquier cosa menos delicadeza.

Pero todavía seguía vivo, así que Akkán gritó al oído del moribundo mientras retorció la hoja para producirle más tormento:

— Te juré por mi hermana que está bajo tierra que te mataría. ¡Ahora eres un perro muerto!

Y le dejó caer sin vida. El cadáver tenía una expresión atroz de dolor grotescamente parecida a una carcajada.

Miles de caras se asomaban a las torres y casas de Arialcanda. Desde esa distancia, más allá de la huerta desierta y abandonada por sus dueños, el ejército defensor se distinguía como un oscuro círculo en la entrada del desfiladero. La blancura y la plata trinisantas se articulaban como lenguas convergentes que iban a parar a Nis.

Amin, que ya había perdido el control de sus caballeros, agujereaba homúnculos con su lanza. Su arma no tardó en ser insuficiente, así que sacó la espada que salió de su vaina con un rugido metálico. Como si dijera: “Qué bonito volver al trabajo, jefe”.

Trazaba círculos, paraba, fintaba y atacaba. Perdió la cuenta de las estocadas mortales que había repartido entre la concurrencia cuando el hedor a materia orgánica purulenta le saltó las ganas de vomitar. Tragándose su ataque de asco, dibujó una media luna con la punta de la lanza para alejar a los rivales y luego les fue regalando acero en las entrañas uno a uno.

Los arcabuces seguían ladrando como una jauría de perros rabiosos, aunque ya comenzaban a escucharse voces que pedían “¡Más plomo, que se me acaba!”. La puerta de Nis era una digna embajada del infierno en la que los vivos se batían para seguir siéndolo sobre varias capas de cadáveres.

Era del todo improbable que los agotados defensores pudieran resistir por mucho tiempo. Allí estaba el general Kuz, custodiado por lo más granado de la soldadesca pelando cabezas con sus dos pistolones. Cuando las balas terminaron, cogió la espada y prosiguió con la faena. Cinco bregados guerreros le cubrían las espaldas con lo que ni un solo enemigo podía tocarle un pelo.

De repente, el empuje enemigo cesó. No se sabe si fue una orden o que los homúnculos se cansaron de servir de cojinete a los aceros de los cetrinos. Lo cierto es que aquella masa había sido sorprendentemente esquilada y ya no tenía nada que hacer. Así que la morralla acéfala salió huyendo.

Los supervivientes tomaron respiro. Ni siquiera tuvieron fuerzas para lanzar vítores o bravatas. Ahora que se despejaba el campo, veían cómo el gigantesco ejército blanco actuaba con funcional racionalidad. Los abanderados efectuaban a lo lejos los movimientos que indicaban los generales. Los mensajeros seguían llevando órdenes a caballo. Los arqueros recibían carretillas cargadas de saetas recién peladas. Y en lontananza, como siempre, el mando formado por unos hombrecillos a los que ni siquiera llegaba el olor de la sangre. Kuz creyó incluso distinguir por un momento la turbia silueta de Veritám caminando en círculos con preocupación:

—No sé qué te puede preocupar, hijo abandonado por una perra carroñera —murmuró con rabia de anciano renqueante.

Las tropas enemigas se habían dividido en cuatro grandes lenguas que apuntaban a los cetrinos como flechas al blanco de la diana. Amin buscaba con desesperación a los suyos. Algunos caballos paseaban por el campo sin jinete. Los animales habían enloquecido. Una yegua agonizaba en llamas. Al final, Amin consiguió reunir a casi cien arialcandos:

—No os separéis. Somos un solo cuerpo. ¿Me escucháis? Quiero escudos firmes y lanzas bien orientadas.

Y todos ellos asentían acojonados.

No era para menos viendo cómo miles y miles de soldados caminaban a un solo paso hacia ellos.

— ¡Por fin dais la cara, mantecones! — gritó Akkán que sentía unas ganas carniceras de derramar sangre blanca.

El cetrino, que ya había ajustado cuentas con el soldado que le había puesto de rodillas, se sentía por fin preparado para morir. O para escapar a la menor ocasión.

El campo retumbaba al paso de las inabarcables filas de trinisantos. Todos a una. Las lanzas arañaban las nubes. Las capas blancas. Los cascos de penacho blanco. Las cotas de malla refulgentes. Ellos eran el orgullo de su patria, que se enfrentaba ahora a los sucios hombres de la oscuridad, como solían llamarles. Al Imperio de las Sombras.

De repente, miles de soldados trinisantos se lanzaron a la carrera con la caballería por delante. Los animales pateaban furiosos el suelo con sus cascos y resollaban con ojos inyectados y belfos espumantes. Dos o tres cetrinos se quitaron la vida con sus propias armas ante la contemplación de la fuerza devastadora que se les venía encima.

Algunos jinetes y bestias cayeron atravesados de plomo por el camino. De poco sirvió, sin embargo, porque la carga arrastró las filas de los defensores con la fuerza de un tornado desbocado. Las hojas de las espadas blancas segaron vidas por decenas. Los cascos de los caballos de guerra pisotearon cabezas como uvas en la vendimia. Las primeras filas cetrinas se despedazaron en el choque.

— ¡No salgáis del desfiladero! — gritaba Kuz ya de rodillas.

Pero pocos pudieron escucharle.

Amin clavó su lanza en el vientre de un jinete, lo alzó en el aire y le volteó como a un pelele. Un segundo después ya se había colocado sobre su cabalgadura. El animal comenzó a piafar y encabritarse. El soldado le golpeó en la cara con todas sus fuerzas y le gritó al oído:

— ¡Quieto y obedece!

Y con eso se puso a rifar mandobles a izquierda y derecha.

Mientras, Akkán, con habilidad natural, acuchillaba y acogotaba por detrás a los soldados enemigos. Un soldado trinisanto le desafió:

— ¡Lucha, criatura de la oscuridad!

Akkán se posicionó en una presunta figura de esgrima, pero en cuanto el trinisanto dio el primer paso, pegó media vuelta y se fue corriendo.

La balanza tardó poco tiempo en decantarse del lado de los invasores. Los cetrinos no tenían arrestos ni para sostener la espada y se dejaban matar a pecho descubierto de pura impotencia. En las torres de Nis ya casi no quedaba nadie con vida. Y a los que no les habían adornado el cuerpo las flechas, se les había acabado el plomo.

Las lanzas trinisantas perforaban cuerpos y más cuerpos. Y para colmo, los waikikis habían irrumpido en el campo. Su naturaleza carroñera les impelió para acudir cuando ya había suficientes cadáveres para desplumar

de armas y dinero. Con dientes y ojos amarillentos, los infrahombres acuchillaban por la espalda y remataban a los moribundos.

Kuz ya se sabía perdido. Su muerte iba a servir para que los reyes del sur se convirtieran en héroes. Así lo pensó cuando gastó su último rescoldo vital en decapitar a un oficial que se las prometía muy felices con el anciano agotado. Pero luego una lanza le metió el frío en el pecho. La sangre cansada salió a la luz.

—¡General! —exclamaron con voz rota los soldados.

Pero la herida había sido mortal, con lo que Kuz apenas pudo acertar a decir:

—¡Corred! ¡Escapad!

Y ya no se movió.

Como si le hubieran escuchado, muchos cetrinos trataron de refugiarse en la desmoronada Nis. Otros echaron a correr hacia Arialcanda con la ilusa esperanza de ocultarse entre los campos. Los más ingenuos tiraron las armas y alzaron las manos en señal de rendición. Pero la respuesta más extendida por parte de los trinisantos era:

—¡Muere, ser de las sombras! ¡Aquí no se hacen prisioneros!

Y lo pasaban a cuchillo.

Amin, que resistía valerosamente con treinta hombres, se supo también muerto. Su caballo había capitulado bajo varias flechas y un lanzazo. Un sudor espeso le caía en grandes cascadas mezclándose con la sangre enemiga que le cubría. Supo que en la ciudad lejana había seis ojos histéricos puestos en el ejército que huía en espantada, buscándole. Tres almas soñando con que todavía ardiera la vida en su pecho.

Las sobras de su caballería iban pasando a la lista de bajas. No podían ni levantar los brazos. Con el general Kuz muerto, los soldados habían perdido toda confianza y la mayoría corría o se ocultaba inútilmente bajo los muertos. Miró de nuevo a la ciudad. Qué tontería morir para nada. Quiso saberse entre los brazos de Yi Na. En un segundo se sintió transportado a su lecho en una tarde de molicie. Las horas sucediéndose sin prisa; entregados a las caricias. Sintiendo que el tacto de un cuerpo daba la vida al otro. Las pieles desnudas y amantes. Los muslos comestibles como golosinas de su compañera.

—¡Muere, alimaña cochina!

Salió de su letargo justo a tiempo para evitar el mandoble de un bruto de casi dos metros. Al ser esquivado, el gigante fue a caer sobre un cetrino que se le agarró con piernas y brazos como una lapa. El del sur era un hombre menudo, de piel requemada y ojos de fuego. Con el cabello rizado y duro. Debía tener fuertes miembros porque aquel toro con uniforme trinisanto no lograba sacárselo de encima.

Amin asistió estupefacto al momento en el que, con velocidad de gato, el cetrino puso sus manos en la cara del rival y apretó con los pulgares los ojos hasta que se deshicieron como dos huevos fritos.

Los alaridos del trinisanto cesaron cuando la espada de Amin le segó la nuca.

—¿Quién es la alimaña ahora? —gritó Akkán al cadáver mientras se sacudía de las manos los ojos triturados.

Después, se perdió en la multitud antes de que el soldado de Arialcanda pudiera darle las gracias.

—¡Amin! ¡Amin! —escuchó que gritaban a su espalda.

Se dio la vuelta para ver cómo una muralla de hombres aniquilaba a destajo a sus caballeros. Los suyos le pedían auxilio, pero era imposible ayudarles. Los brazos desnudos de Yi Na. El vientre blanco y gentil. Las horas en que se soltaba la trenza. Los pechos suaves como fruta de verano. Lanzando un suspiro, Amin echó a correr ante la estupefacta mirada de sus soldados. Aquellas pupilas de cordero condenado se le clavaron en el alma al pelado guerrero. Pero corrió y siguió corriendo sin querer escuchar a aquellos a los que había abandonado.

Una mirada se cruzó entonces con la suya. Era el soldado sureño que había despachado al gigante. Se contemplaron en silencio separados por una multitud danzante de cabezas, aceros y lanzas. Una sonrisa de rata se dibujó en el rostro de Akkán. Parecía decir: “Así que el gran caballero de Arialcanda huye como una niña a su ciudad para que no le hagan daño”.

Fue un segundo. Porque Amin siguió corriendo con el corazón galopándole desbocado casi en la garganta. Muchos huían con él a la carrera. Y sentía también la presencia de la caballería a sus espaldas que mataba sin hacer prisioneros. Alguien había dado orden de no dejar una sola cabeza sobre sus respectivos hombros.

—¡Mordid, seres del Imperio de las Sombras! —gritaban los blancos.

El río, debía alcanzar los bosques que se encontraban junto al río...

Akkán se unió a la desbandada general. Pero para él y muchos otros fue tarde. La nutrida caballería rival cerraba el paso del desfiladero por ambos lados. Se sintió desmayar cuando las saetas de los waikikis y de los trinisantos revolotearon sobre los restos de lo que fue un ejército, cobrándose las últimas vidas.

A partir de ahí todo fue una pesadilla. Una pesadilla dentro de la pesadilla que llevaban viviendo desde hacía semanas. Los cuerpos caían entre risas del enemigo. Algo estalló junto a él llenándole de llamas la espalda. No podía tenerse en pie. Algo duro le horadó el pecho por dos veces haciendo germinar espigas de sangre. Y eso fue todo.

La muerte se llevó un empacho ese amanecer en Nis. Pero los hombres de Kuz habían llegado hasta donde ni siquiera ellos soñaban.